

¿ADÓNDE VAMOS?

Michel Pablo
(Michel Raptis)

(Boletín Interior del SI, nº 1, Enero de 1951)

(Desde *Les congrès de la IV^e Internationale (manifestes, thèses, résolutions)*. 4. *Menace de la troisième guerre mondiale et tournant politique (1950-1952)*, Editions La Brèche – PEC, París, 1989, páginas 26 a 47 y <http://www.pt.org.uy/textos/temas/pablo.htm>)

| | |
|---|----|
| El devenir del capitalismo | 3 |
| <i>La evolución del estalinismo</i> | 6 |
| <i>La orientación y el futuro de nuestro movimiento</i> | 11 |

El IX Plenario del CEI ha declarado abierto la discusión preparatoria para el III Congreso Mundial de nuestra internacional y ha fijado éste para el año 1951.

Dos documentos aprobados por el IX Plenario, presentados por el Secretariado Internacional, servirán como base para abrir esta discusión: las “Tesis sobre las perspectivas internacionales y la orientación del movimiento de la IV Internacional” y “La revolución yugoslava y la IV Internacional”.

El primer documento tiene un carácter general y no obvia la necesidad de presentar una “resolución política” antes del Congreso Mundial, resolución que se ocupará más especialmente del análisis concreto de la situación internacional y nuestras tareas políticas para el futuro inmediato.

Pero ha parecido necesario abrir la discusión en la Internacional, ante todo, sobre la base de un documento que trazase las líneas principales de nuestro punto de vista sobre la evolución de la situación internacional en los años próximos, y el cual reafirmase y definiese una serie de nociones fundamentales que determinan el pensamiento y actividad de nuestro movimiento.

Pues hemos realizado, con una claridad más grande que jamás desde el II Congreso Mundial, y más especialmente durante los últimos tiempos, dos constataciones a las atribuimos una fundamental importancia: *a)* Desde el final de la última guerra hemos entrado en un período esencialmente diferente de cualquiera de los conocidos en el pasado, cuyo ritmo no cesa de acelerarse. *b)* Ante este nuevo período de

rápido y abrupto cambio, es vital, es imperioso para un real movimiento marxista revolucionario como el nuestro superar la inevitable discrepancia entre su forma de pensar, entre la teoría y los nuevos desarrollos en la realidad objetiva mediante un esfuerzo constante de superación dialéctica de cualquier noción periclitada, de cualquier esquematismo, de todo dogmatismo y de cualquier forma de pensar incapaz de abarcar, analizar y comprender el contenido infinitamente rico de la nueva realidad en pleno florecimiento.

Algunos camaradas han escrito que, en vísperas de la última guerra, nuestra teoría, es decir, la forma con la que nuestro pensamiento colectivo (el pensamiento de nuestro movimiento) captó la realidad de aquel tiempo, parecía sólida, sin fracturas o fisuras. Ahora, dicen estos camaradas, todo parece dislocarse.

Naturalmente, la realidad está lejos de ser tal como la imaginan estos camaradas que derraman cálidas lágrimas (y que, queremos creer, son lágrimas sinceras), ante la supuesta quiebra de armonía en nuestra teoría.

En cuanto a nosotros, que nunca hemos concedido la primacía a la teoría (no importa cuál teoría) sobre la vida, (una afirmación tal sería fundamentalmente contraria a la comprensión verdadera, no mística, no esquemática, no dogmática de lo que es el marxismo), nosotros damos a ese fenómeno una explicación enteramente diferente.

Es verdad que en la víspera de la última guerra, nuestra teoría aparecía más global, más uniforme, más armoniosa, dado que reflejaba un contexto de lejos menos complicado, menos dinámico que el actual. En la víspera de la última guerra, el mundo parecía estar en relativo equilibrio y reposo, tanto en lo que al régimen capitalista y como al estalinismo concernía. ¿Podemos, incluso de lejos, decir lo mismo para el actual período?

Para el verdadero movimiento marxista revolucionario, el problema no es el deseo de forzar la nueva realidad a cualquier costo, de acuerdo con las normas de pensamiento de ayer, sino ampliar y modificar de tal modo estas últimas, como para colocarlas en armonía con los nuevos desarrollos objetivos que se trata, naturalmente, de entender bien y teorizar según una línea principista y no empírica u oportunista.

Esto es lo que en parte hemos logrado (dentro de los límites de nuestra capacidad colectiva) principalmente desde el II Congreso Mundial. Porque es principalmente desde esa fecha que la línea de la Internacional se precisó y desarrolló en una serie de cuestiones fundamentales concernientes a un mejor entendimiento de la naturaleza del período en el cual estamos viviendo y de sus perspectivas.

Las transformaciones sufridas por el régimen capitalista durante y después de la última guerra, sus perspectivas, así como los cambios sufridos por el estalinismo, su papel y perspectivas, han sido mejor entendidas por nuestro movimiento; cosa que no sucedió de golpe sino progresivamente, con la ayuda de los acontecimientos, y con inevitables lagunas y retrasos.

En el documento “Tesis sobre las perspectivas internacionales...”, hemos tratado de reafirmar esta adquisición de nuestro movimiento y precisar mejor los puntos que nos parecían esenciales para nuestra orientación en los años venideros. Las ideas formuladas en este documento están presentadas en forma resumida y muy axiomática y, naturalmente, necesitan de un desarrollo más largo. Esto es lo que nos esforzaremos en el presente artículo.

Para nuestro movimiento, la realidad social objetiva está compuesta, esencialmente, por el régimen capitalista y el mundo estalinista. Además, nos guste o no, estos dos elementos en gran medida constituyen la realidad objetiva social, dado que la abrumadora mayoría de las fuerzas que se oponen al capitalismo está, en estos momentos, dirigida o influenciada por la burocracia soviética.

Conocer la realidad social objetiva a fin de poder actuar eficazmente sobre ella se resume, en consecuencia, para nosotros en conocer el devenir actual del régimen capitalista (el estado estático y dinámico), y el devenir del estalinismo.

El devenir del capitalismo

¿Cuál es la diferencia fundamental entre el estado actual del capitalismo y el anterior a la guerra?

Esta diferencia se manifiesta, ante todo, en el colapso multilateral del equilibrio del régimen capitalista y en el hecho de que esta bancarrota tiende a agravarse.

El capitalismo como régimen se caracteriza, como dijo Trotsky, por un equilibrio que es, simultáneamente, dinámico y complejo (económico, social e internacional). Es decir, este equilibrio constantemente tiende hacia rupturas seguidas por un restablecimiento del equilibrio. El equilibrio capitalista resulta de una cierta interrelación entre su funcionamiento económico, las relaciones de clase dentro de cada país y sus relaciones internacionales. Como cada uno de esos factores principales no permanece estático, sino que cada uno de ellos está constantemente evolucionando, el movimiento consiguiente tiene lugar desde el equilibrio a la ruptura (bajo la influencia de una crisis económica, por ejemplo, o una revolución o una guerra) seguida de un nuevo restablecimiento.

Hasta la víspera de la última guerra, el capitalismo evolucionaba de acuerdo con este esquema general, demostrando ser las bases objetivas para un nuevo equilibrio aún bastante importantes.

Pero este no es el caso en la actualidad. El desequilibrio del sistema capitalista, que fue engendrado durante y luego de la última guerra, se está demostrando, en realidad, como fundamental, crónico y agravándose. Esto se debe a las siguientes razones esenciales que ahora podemos captar con mayor claridad y en toda su importancia capital: la dislocación del dominio colonial del imperialismo, como resultado de la revolución colonial en Asia, especialmente de la revolución china; la ruptura de la unidad económica de la Europa capitalista a partir de la formación del “glacis” soviético; el desarrollo pletórico del capitalismo estadounidense en medio de un mercado capitalista más estrecho y empobrecido y el papel político y económico perturbador que el capitalismo estadounidense está obligado a ejercer en este mundo capitalista; y, finalmente, la potencia política y económica propia que representa la URSS.

Todos estos nuevos factores actúan juntos en dirección a un mantenimiento y agravamiento de la ruptura del equilibrio capitalista en todos los niveles: ya sea de las relaciones económicas, de las relaciones de clase y de las relaciones internacionales.

No creo necesario para el objetivo de este artículo (y no tengo la documentación estadística necesaria) desarrollar en detalle, exactamente, lo que representa para ciertos países capitalistas y para el régimen en su totalidad la pérdida económica (en salidas para capital y mercancías, fuentes de materias primas, equilibrio de los intercambios) de territorios como China, Vietnam, Corea, Indochina, Malasia, Birmania. Algunos de estos territorios todavía no se han perdido efectivamente para el imperialismo, pero están en proceso de hacerlo, lo que ya está determinando ciertas reacciones y preparativos por parte del imperialismo. La pérdida de Malasia, por ejemplo, arrojaría al capitalismo británico a una grave crisis financiera al quitarle importantes recursos que éste obtiene de la explotación de ese país.

Por otro lado, es necesario considerar no solamente lo que estas pérdidas significan en términos de las condiciones pasadas del capitalismo, sino también cómo se

relacionan con sus posibilidades futuras y sus perspectivas. Desde este punto de vista, por ejemplo, la pérdida del mercado chino es una derrota histórica para el imperialismo estadounidense, en lo que a sus posibilidades de expansión concierne. Las mismas consideraciones se aplican en su significado económico al capitalismo europeo, particularmente a través de la pérdida de los países que actualmente constituyen el “glacis” soviético.

Todas estas modificaciones de estructura (a las cuales se añaden las nuevas relaciones entre las potencias capitalistas, resultantes de la aplastante preponderancia del imperialismo yanqui sobre los otros países capitalistas) hacen que el régimen capitalista, habiendo perdido su equilibrio ahora, no tiene ninguna posibilidad de recobrarlo sin reconstitución de un mercado mundial que englobe a los territorios perdidos, y sin una más equilibrada redistribución de las fuerzas dentro del campo imperialista.

Tal perspectiva no está excluida teóricamente en el caso de una guerra victoriosa llevada a cabo por el imperialismo, que también traería un marcado debilitamiento del imperialismo estadounidense, mientras que no debilitaría en igual medida a otras potencias como Inglaterra, Francia, Alemania o Japón.

Sin embargo, prácticamente, estamos todavía muy lejos de esta perspectiva. Dado el hecho de que todos sus intentos para restaurar una cierta medida de equilibrio han fallado, y que por el contrario está constantemente perdiendo terreno, al capitalismo sólo le queda ahora, lanzarse a una mayor preparación militar, económica y política para una nueva guerra. Este es el importante punto inicial y la fundamental perspectiva inicial en la evolución de la situación internacional. Entender que el capitalismo está yendo ahora rápidamente a la guerra, porque en el corto o largo plazo no tiene otra salida y que este proceso no puede detenerse sin provocar la inevitable destrucción del régimen, equivale a definir una dirección fundamental en la evolución de la situación internacional.

Ni las tendencias derrotistas o “neutralistas” que han prevalecido entre ciertos sectores de la burguesía europea, ni las tendencias “aislacionistas” de ciertos sectores de la burguesía estadounidense, no podrán determinar, a la larga, la línea fundamental del núcleo esencial de la burguesía monopolista internacional y de los monopolios estadounidenses en particular. Aún si estos resultan exitosos en el mantenimiento de su control sobre las masas estadounidenses, más bien arriesgarían la guerra antes que rendirse sin lucha ante la revolución. La discusión entre marxistas-revolucionarios, en consecuencia, no puede tener lugar sobre la cuestión de si la guerra es inevitable o no en tanto el régimen capitalista permanezca en pie, sino que está limitada a la cuestión de los plazos y condiciones para el estallido de la guerra así como sobre la naturaleza y consecuencias de semejante guerra.

Sobre todas estas cuestiones, los documentos de la internacional han aportado precisiones importantes. Contra aquellos que han planteado durante años la “inmediatez” de la tercera guerra mundial, la dirección de la internacional ha presentado sus argumentos ampliamente confirmados por los hechos, demostrando la falta de preparación del imperialismo para una guerra general y el temor por otro lado, de la burocracia soviética de embarcarse en una guerra general que pondría su propio equilibrio en peligro. Es, sin embargo, cierto que, dentro de esta perspectiva general correcta de la dirección internacional tal como fue establecida más concretamente en tiempos del VIII Plenario del CEI, había dos puntos débiles que han sido claramente revelados a la luz de la guerra de Corea y de sus consecuencias internacionales. El primer punto, que estaba implícito en esta perspectiva, fue la sobreestimación de las fuerzas efectivas del imperialismo y la correspondiente subestimación de las fuerzas

opuestas. Con la guerra de Corea nuestro movimiento se dio cuenta, por primera vez, que la relación de fuerzas en el tablero internacional está ahora desenvolviéndose con desventaja para el imperialismo, que la dislocación interna y el desequilibrio del régimen capitalista son mayores de lo que habíamos pensado o de lo que la propia burocracia soviética y los líderes estalinistas habían supuesto; que el peso de la revolución colonial en Asia presiona más intensamente sobre los destinos del capitalismo de lo que nosotros habíamos percibido; que la verdadera relación de fuerzas entre el imperialismo y las fuerzas opuestas a él no deben ser medidas simplemente en el nivel de los recursos materiales y técnicos recíprocos sino, también, en el nivel de las relaciones sociales y las relaciones de clase, y que estas relaciones están desarrollándose internacionalmente con desventaja para el imperialismo; que el espíritu revolucionario de las masas dirigido contra el imperialismo actúa como una fuerza adicional apuntalando a las fuerzas técnicas y materiales levantadas contra el imperialismo.

El segundo punto débil de nuestra perspectiva (que sobre todo emanaba de esta estimación errónea de la tendencia actual de desarrollo en las relaciones internacionales de fuerzas) fue haber admitido la posibilidad que el imperialismo desencadene una guerra general, sólo después de “largos años” (informe político del VIII Plenario del CEI). Esta postergación emanaba de la estimación que prevalecía una “neutralización recíproca” entre el bloque imperialista y el bloque liderado por la URSS, que esta neutralización duraría “largos años” haciendo “imposible” la guerra por un tiempo. En realidad, la guerra de Corea ha demostrado que la relación internacional de fuerzas (digamos para esquematizar la relación de fuerzas entre los dos bloques) no estaba tendiendo hacia un prolongado equilibrio, sino que se estaba desarrollando con desventajas crecientes para el imperialismo. De esta nueva apreciación resulta, por otra parte, que sería falso fijar como condición necesaria para que el imperialismo desate la guerra general que su preparación tenga que estar completada de forma que pueda también dirigir y ganar la guerra (considerar tener considerables posibilidades para ganarla) desatada. Puede ocurrir que el imperialismo, habiendo fracasado en estabilizar sus presentes posiciones y encontrándose obligado a retroceder de ciertas posiciones que considera esenciales, se lance a la guerra a pesar de todos los riesgos y a pesar de que sus posibilidades de victoria hayan disminuido y no aumentado. Tal actitud es sobre todo aplicable al imperialismo estadounidense, que constituye el núcleo esencial de las fuerzas capitalistas de hoy en día. Es posible que el capitalismo estadounidense, si mantiene su control sobre las masas estadounidenses y se siente relativamente fuerte en virtud del progreso de su rearme intensivo, pueda en dos o tres años, por ejemplo, preferir la guerra con todos sus riesgos a un nuevo retroceso de acuerdo con modelo coreano. Esta posibilidad, que emana precisamente de las dimensiones del retroceso que el imperialismo está sufriendo en el mundo, y su consecuencia de su crisis (aún cuando ésta no se manifieste inmediatamente con toda agudeza) no está excluida en absoluto, particularmente para el imperialismo estadounidense.

Es el avance de las fuerzas opuestas al imperialismo lo que aproxima la posibilidad de un recurso desesperado y final a la guerra por parte del imperialismo. Salvo que pudiéramos esperar una desaparición sin combate del régimen capitalista en su conjunto, incluyendo esa fortaleza aún extremadamente poderosa que constituye el imperialismo yanqui. Por esta razón, en las “Tesis sobre las perspectivas internacionales y la orientación del Movimiento de la IVª Internacional”, mientras subrayábamos las razones que llevaban al imperialismo a vacilar en desatar la guerra y a continuar contemporiando, no excluíamos la posibilidad de una guerra general, aún durante el período en el que las relaciones de fuerzas siguen, como actualmente, siguen siendo desfavorables para el imperialismo.

La siguiente cuestión que se plantea es: cuál puede ser la naturaleza de una guerra entablada bajo tales condiciones. Semejante guerra tomaría, desde sus comienzos, el carácter de una guerra civil internacional, especialmente en Europa y Asia, que pasarían rápidamente a estar bajo el control de la burocracia soviética, de los partidos comunistas, o de las masas revolucionarias. La guerra bajo estas condiciones, con las relaciones de fuerzas existentes en la arena internacional, sería esencialmente la revolución. La progresión de la revolución anticapitalista en el mundo, aleja pero al mismo tiempo precisa el peligro de una guerra general. La guerra, por otra parte, sería esta vez la revolución. Las dos concepciones de la revolución y la guerra, lejos de estar en oposición, o de estar diferenciadas como dos estadios de desarrollo significativamente diferentes, se están aproximando la una a la otra y se entrelazan hasta el punto de confundirse en lugares y momentos. En su lugar, emerge la concepción de revolución-guerra, o guerra-revolución, y sobre la cual deberían descansar las perspectivas y orientaciones de los marxistas-revolucionarios de nuestra época. Tal lenguaje podrá quizás impresionar a los amantes de los sueños y de la declamación “**pacifistas**”, o a aquellos que ya se quejan del apocalíptico fin del mundo, al que prevén como consecuencia de una guerra atómica o de una expansión mundial del estalinismo. Pero estas almas sensibles no pueden encontrar sitio entre los militantes, y menos aún entre los cuadros marxistas revolucionarios de esta época, la más terrible, donde la dureza de la lucha de clases ha sido llevada a su paroxismo. Es la realidad objetiva la que empuja al primer plano esta dialéctica de revolución-guerra, la que destruye implacablemente los sueños “pacifistas”, y la que no da ningún respiro en el simultáneo y gigantesco despliegue de las fuerzas de la revolución y de la guerra, y en su lucha a muerte. La tarea de los revolucionarios plenamente conscientes de este período y de sus posibilidades, consiste sobre todo, en basarse sólidamente en las crecientes posibilidades objetivas a favor de la revolución, haciéndolas fructificar (a través de los medios de propaganda más apropiados) para todas las masas trabajadoras atraídas hacia la revolución. Pero examinemos más correctamente el carácter de este último proceso.

La evolución del estalinismo

Hasta ahora, la crisis del régimen capitalista parece haber beneficiado directamente al estalinismo. Esta es la principal razón de la falta de comprensión, aún en nuestras propias filas, del carácter profundamente revolucionario de las convulsiones que estamos presenciando.

Para los marxistas-revolucionarios que no quieren caer presa de la confusión o de las reacciones pequeño burguesas (resultantes, en parte, de esa confusión), es absolutamente necesario volver a los criterios fundamentales, a la base fundamental de nuestra teoría, de modo que podamos asir el sentido de la evolución que estamos presenciando, y definir su curso sobre la base de excluir todo empirismo, todo impresionismo, toda estrechez de miras, todo aspecto coyuntural, transitorio o secundario de la situación.

Las convulsiones más profundas, más revolucionarias y más decisivas del capitalismo y de su era imperialista (nos enseña la teoría marxista), son engendradas a pesar y contra todos los obstáculos subjetivos, a pesar y contra la línea traidora de las direcciones tradicionales socialdemócrata y estalinistas de las masas, por las contradicciones inherentes al régimen social actual, por la exasperación inevitable de estas contradicciones a medida de su evolución. Este es el caso actualmente. El régimen capitalista, llegado a su fase última, se disloca, se descompone, y permite así que

aparezcan una serie de fenómenos que entran en el marco general de una época de transición entre el capitalismo y el socialismo. Esta época de transición desorienta a los escolásticos del marxismo, a los partidarios de las formas “puras”, de las normas, esto porque sigue un rumbo mucho más complicado, más tortuoso y más largo que el que los clásicos del marxismo habían bosquejado antes de la experiencia de la revolución rusa.

Pero si reflexionando más sobre la realidad, como sobre el espíritu de nuestra teoría (y no sobre lo que es, esencialmente, la letra de ciertos escritos), vemos que esta época de transición existe por profundas razones propias. Incluso sin contar con el papel jugado en el presente proceso histórico por la profunda degeneración burocrática de la URSS y de las direcciones estalinistas, es necesario puntualizar una causa objetiva que está ejerciendo su influencia en la época de transición: el desarrollo gradual y parcial de la revolución que la aísla por un cierto período, y la localiza en países que, por otra parte, no están entre los más desarrollados económica y culturalmente. Este esquema de desarrollo de la revolución, que es el esquema real y que tiene sus razones de existencia, implica un pasaje más complicado, más sinuoso y más prolongado del capitalismo al socialismo, cogiendo prestadas formas transitorias de la sociedad y del poder proletarios.

Los escritos y la política de Lenin después de la revolución, y particularmente entre 1921 y 1923, son significativos de la flexibilidad de su pensamiento impuesta por la realidad y los problemas concretos. Estamos ya lejos del esquema de la revolución prefigurada antes de su triunfo y su experiencia precisa. A esta causa esencial objetiva se ha añadido la influencia que ejercen hasta ahora en el curso histórico la burocracia soviética y las direcciones estalinistas.

La diferencia fundamental entre nosotros y determinados neoapologistas del estalinismo, del género de Gilles Martinet en Francia, no radica en el hecho que hay, efectivamente, causas objetivas en la imposición de formas transicionales de la sociedad y del poder que reemplaza al capitalismo, que están bastante lejos de las “normas” delineadas por los clásicos del marxismo antes de la revolución rusa. Nuestra diferencia radica en el hecho que estos neostalinistas presentan a la política de Stalin como la expresión de un marxismo consistente y realista que conscientemente y con pleno conocimiento de su objetivo está marchando al socialismo, teniendo en cuenta las exigencias realistas de la situación. Y el único reproche que tiene que hacerle al estalinismo es que éste oculta estas realidades a las masas y se esfuerza, por ejemplo, en embellecer la situación en la URSS, declarando que se apresta pasar del “socialismo al comunismo”¹

Estas almas que pretenden ser cándidas fingen olvidar que, si las cosas son así, es porque el estalinismo no es la expresión de la política de una dirección proletaria “realista”, sino de la burocracia soviética, es decir, de una vasta capa social privilegiada que le ha usurpado el poder político al proletariado, y que ha teorizado sus privilegios exorbitantes, ferozmente mantenidos por un monstruoso aparato de opresión sobre las masas soviéticas, en el supuesto “socialismo en vísperas de pasar al comunismo”.

Esta capa nunca ha tenido una conciencia o política “socialistas” sino, por el contrario, ve en la revolución mundial y el verdadero poder proletario a su enemigo mortal.

En virtud del rol de la burocracia soviética en el presente proceso histórico y en el movimiento internacional de la clase obrera en particular, la liquidación del sistema capitalista en casi media Europa, y del imperialismo en Asia (liquidación que ha sido facilitada y que ha sido posible, en primer lugar, por la dislocación interna del régimen

¹ Ver, entre otros, los escritos de G. Martinet, “Sobre el estado socialista”, en la *Revue internationale*, octubre-diciembre de 1950.

y por la insurgencia revolucionaria de las masas, debidas a una situación favorable: la reciente guerra), ha tomado formas transicionales aún más deformadas de lo que era objetivamente necesario. Por otra parte, el papel jugado por la dirección estalinista bloquea, como en la URSS, el libre desarrollo socialista de estas formas y pone en peligro constante todas las conquistas realizadas. Para una correcta orientación de los marxistas-revolucionarios es, sin embargo, necesario tener en cuenta no sólo que el proceso objetivo es, en última instancia, el único factor determinante, superando todos los obstáculos de orden subjetivo, sino también que el propio estalinismo es por un lado, un fenómeno de contradicciones, y por otra parte es un fenómeno contradictorio.

Sólo el análisis trotskista, que ha sido fundamentalmente desarrollado por el mismo L. Trotsky, nos permite comprender la dialéctica específica del estalinismo, su carácter contradictorio y las contradicciones inherentes a su naturaleza. No se trata aquí de abusar del término dialéctica para impresionar a otros, o para oscurecer adicionalmente una comprensión incompleta, ni tampoco para urdir una falsa salida a una situación difícil. Entender al estalinismo es imposible para el pensamiento vulgar, mecánico o meramente formalista. Permanentemente vemos la bancarrota de esta clase de pensamiento en los análisis, conclusiones y perspectivas de todos aquellos que, en el campo capitalista o en el movimiento de la clase obrera, se esfuerzan en explicar al estalinismo o definirlo de este modo. Las repercusiones de este pensamiento superficial se hacen sentir en nuestras propias filas. Ante fenómenos tales como la formación y evolución del “glacis” soviético en Europa, la experiencia yugoslava, las revoluciones coloniales actuales y el régimen de Mao Zedong, la confusión y la perplejidad han penetrado dentro de nuestro propio movimiento.

¿Estamos presenciando una expansión y una dominación a escala mundial del estalinismo? ¿Puede este realmente abatir al régimen capitalista en algunos lugares? ¿Pueden los partidos comunistas liderar una revolución y llevarla a la victoria? Los camaradas plantean estas cuestiones y especulan sobre la validez y futuro del estalinismo con una cierta ansiedad. Pero estos camaradas estarían mucho menos ansiosos y perplejos si hubieran asimilado realmente, y no mecánicamente, el análisis trotskista del estalinismo, y si, para comprender el fenómeno presente, comenzaran con el siguiente principio y la siguiente consideración: para responder correctamente, como marxistas, a todas estas cuestiones es necesario en este punto, como en todos los fenómenos sociales y políticos de importancia, dominar el proceso dialéctico global y dominar sus contradicciones tal como se desarrollan inexorablemente dentro de las nuevas condiciones objetivas. La cantinela de la “dominación mundial del estalinismo”, es propia de gente que es incapaz de percibir, por falta de una correcta comprensión teórica del estalinismo, que las contradicciones inherentes a su naturaleza, lejos de ser aminoradas o eliminadas en proporción directa a su expansión, se reproducen en realidad a una escala mayor y provocarían su destrucción. Esto se producirá de dos maneras: por el impulso de las victorias anticapitalistas en el mundo e, incluso, en la URSS, estimulando la resistencia de las masas a la burocracia; por la eliminación, en el largo plazo, de las causas objetivas de la burocracia, de toda burocracia, en directa proporción a las nuevas derrotas que sufra el régimen capitalista, que lleven a crecientes y económicamente más importantes sectores a escapar del capitalismo y organizar sus economías sobre la base de la economía planificada y estatizada, favoreciendo el desarrollo de las fuerzas productivas.

En el ascenso prodigioso del imperialismo estadounidense que siguió a la Primera Guerra Mundial, mucha gente sólo vio un aspecto del proceso: la expansión y tendencia a la dominación por parte de Wall Street. El otro aspecto, que precisamente hoy estamos presenciando, consiste en que tal expansión introducía simultáneamente,

dentro de los sótanos del imperialismo estadounidense, “los almacenes de pólvora del universo”, provocando “la más gran convulsión militar económica y revolucionaria, al lado de la cual desaparecerían bajo la tierra todas aquellas del pasado”, Leon Trotsky fue quien más claramente lo vio a tiempo. (*La Internacional Comunista después de Lenin*, “Los Estados Unidos y Europa”²) Este es un ejemplo de análisis dialéctico de un fenómeno que, a pesar de su apariencia exterior de poder, de sus pasajeros éxitos históricos, descansa fundamentalmente en contradicciones irreconciliables. El estalinismo es un tal fenómeno.

Desde la Segunda Guerra Mundial, nuestro movimiento ha logrado ver mejor, asimilar mejor y comprender mejor el proceso contradictorio de la expansión del estalinismo en una esfera definida: la de la relación entre los partidos comunistas que han alcanzado el poder y la burocracia soviética. Las ideas fundamentales (algunas de las cuales, por otra parte, pueden encontrarse al menos implícitas en nuestro arsenal teórico de preguerra), se han visto reafirmadas, clarificadas y desarrolladas en los documentos de la Internacional y los escritos de los camaradas dirigentes sobre el “glacis” soviético, el caso yugoslavo, la revolución china y la crisis del estalinismo. Hemos insistido, y correctamente, en la dialéctica específica de las relaciones existentes entre la burocracia soviética, los partidos comunistas y los movimientos de masas, enfatizando la siguiente idea principal; el caso yugoslavo, así como la marcha y la victoria de la revolución china, y también las otras revoluciones coloniales en desarrollo (Corea, Vietnam, Birmania, Malaya, Filipinas), han demostrado que los partidos comunistas conservan la posibilidad, bajo determinadas circunstancias, de esbozar, toscamente, una orientación revolucionaria, es decir, de verse obligados a entablar una lucha por el poder. Tales circunstancias han revelado ser, durante o después de la guerra, la extrema dislocación del régimen de las clases dominantes y del imperialismo y las del empuje revolucionario de las masas. Bajo tales condiciones excepcionales el movimiento de masas, que sólo encontró disponible al partido comunista, obligó a estos partidos a ir más lejos de lo que sus direcciones y todo el Kremlin lo hubieran deseado, y literalmente empujaron a éstos al poder.³

En virtud de la débil resistencia y, por momentos, de la virtual inexistencia del enemigo (desmoralizado y dislocado internamente), los partidos comunistas pudieron vencer a pesar de su oportunismo (Yugoslavia, China). En otros casos, el poder les fue cedido a ellos por la entrada del Ejército Rojo (“glacis” europeo), pero éste no fue monopolizado y consolidado hasta después de la ruptura entre la burocracia soviética y el imperialismo, y el comienzo de la Guerra Fría. Así, el ascenso de los partidos comunistas al poder no es el resultado de la capacidad del estalinismo para luchar por la revolución, no altera el rol internacionalmente contrarrevolucionario del estalinismo, sino que es el producto de una excepcional combinación de circunstancias que han impuesto la toma del poder a la burocracia soviética (en el caso del “glacis” europeo) o a ciertos partidos comunistas (Yugoslavia, China). En el caso del “glacis” soviético, el derrocamiento del poder económico y político del capitalismo y la instalación de los partidos comunistas fue sobre todo la consecuencia de la actividad militar-burocrática de la burocracia soviética, cumpliendo el movimiento de masas un papel secundario

2 [Trotsky, *La Internacional Comunista después de Lenin*, Edicions Internacionals Sedov: <http://grupgerminal.org/?q=node/183> NdE]

3 Nuestro *Programa de Transición* prevé este caso posible. Declara: “... no puede negarse de antemano la posibilidad de que, en circunstancias excepcionales (guerra, derrota, quiebra financiera, ofensiva revolucionaria de las masas, etcétera), los partidos pequeñoburgueses, estalinistas incluidos, puedan ser empujados más allá de lo que desearían por la vía de la ruptura con la burguesía.” Akal Editor, Madrid, 1977, página 39. [Ver al respecto *Sobre una posibilidad teórica y de la lucha por la dictadura del proletariado*, S. Just, Escritos – Alejandría Proletaria, <http://grupgerminal.org/?q=node/675> NdE]

(Checoslovaquia) o prácticamente nulo. En el caso de Yugoslavia o China, la toma del poder fue producida principalmente por la dislocación interna del enemigo y por el empuje excepcional del movimiento revolucionario de las masas.

Ya he tratado con una cierta extensión los problemas vinculados a la significación, las causas y las tendencias de las transformaciones que han tenido lugar en el “glacis” soviético en mis dos artículos relativos a la discusión sostenida en la Internacional sobre el caso yugoslavo (“Sobre la naturaleza de clase de la Yugoslavia”, boletín interior de febrero de 1950). Volveré próximamente a estas mismas cuestiones en otro artículo.

Ya hemos discutido los problemas referidos al significado, causas y consecuencias de la toma del poder en Yugoslavia y en China, en una serie de documentos para la Internacional y en artículos de camaradas de la dirección de la Internacional y en nuestras secciones. Estos han arrojado luz sobre ciertos aspectos importantes: la influencia del movimiento de masas sobre los partidos comunistas que lo dirigen (en ausencia de cualquier otra organización), lo que tiende a arrancarlos de la estricta disciplina de la burocracia soviética; la posibilidad y, aún a largo plazo la inevitabilidad del surgimiento de una oposición a la burocracia soviética, en la medida que estos partidos tienen una base de masas propias que les permitió conquistar el poder a través de sus propios medios.

No confundir toda victoria sobre el capitalismo y el imperialismo lograda por el movimiento revolucionario de las masas, aunque esté dirigido por partidos comunistas, con una victoria pura y simple de la burocracia soviética: tal es la más importante enseñanza que hemos extraído del asunto yugoslavo, de la nueva China de Mao Zedong y de otras revoluciones asiáticas en curso. Examinando sólo el caso de China, estamos ahora forzados a admitir, después de la experiencia coreana, lo que ya parcialmente planteé en mis artículos sobre la crisis del estalinismo⁴ y sobre la guerra de Corea⁵, a saber, que China no podrá no jugar el papel de un simple satélite del Kremlin, sino el de algo así como de un socio que, en lo sucesivo, impondrá a la burocracia soviética una cierta codirección en el movimiento estalinista internacional; esta codirección es, sin embargo, un elemento de crisis en el estalinismo, que se basa en la rígida aplicación de la política que corresponde a los intereses de la burocracia soviética; el papel de China y su conducta (que muchos atribuyen exclusivamente al Kremlin) en el estallido de la guerra de Corea, se ha mostrado mucho más importante y decisiva de lo se había pensado; que China se ha convertido en una potencia internacional de primer orden, con muchas más posibilidades que Yugoslavia, por ejemplo, de ejercer un papel independiente entre Moscú y Washington; que, en consecuencia, la evolución de China puede resultar diferente de la de la burocracia soviética e introduce poderosos elementos de diferenciación dentro del campo estalinista. Debemos situar bajo la luz de toda esta experiencia y de todas estas consideraciones la perspectiva de una guerra, guerra que podría estallar antes que el imperialismo pueda cambiar radicalmente las relaciones de fuerzas existentes que hoy le son desfavorables. Semejante guerra, lanzada bajo tales condiciones, adquiriría, como ya dijimos, el carácter de una guerra civil internacional por los menos en Europa y en Asia.

A los intentos de la burguesía y el imperialismo para movilizar a las masas para esta guerra contra la URSS, las “democracias populares”, China y otras revoluciones asiáticas en curso, y aplastar a los partidos comunistas y a los movimientos revolucionarios en sus respectivos países, grandes sectores reaccionarán rebelándose, con una lucha abierta, una nueva Resistencia, pero que esta vez tendrá un carácter de

4 *Quatrième Internationale*, marzo-abril de 1950.

5 *Quatrième Internationale*, agosto-octubre de 1950.

clase más claro. Es posible que, gracias a estas reacciones de las masas, y por las convulsiones y la exasperación que tal guerra rápidamente crearía, diferentes partidos comunistas se vean obligados a llevar adelante una lucha, bajo presión de las masas y de sus propias filas, que iría más allá de los objetivos fijados por la burocracia soviética.

Semejante guerra, lejos de frenar una lucha que actualmente se desenvuelve en detrimento del imperialismo, la intensificaría, y llevaría al imperialismo a su agonía mortal. Semejante guerra transformaría todos los equilibrios, lanzando todas las fuerzas al combate, acelerando al ya iniciado proceso de la transformación convulsiva de nuestra sociedad, y que sólo se apaciguará con el triunfo del socialismo a escala internacional. La suerte del estalinismo estaría echada, precisamente, en este período de gigantescos cambios bruscos.

Quienes desesperan por el destino de la humanidad, debido a que el estalinismo todavía resiste, consiguen victorias, pretenden encoger a la historia a su propia medida personal. Desea, en realidad, que el proceso global de transformación de la sociedad capitalista al socialismo se desenvuelva dentro del lapso de sus breves vidas de modo que puedan ser recompensados por sus esfuerzos en favor de la revolución. En cuanto a nosotros, reafirmamos lo que escribimos en el primer artículo dedicado al caso yugoslavo: esta transformación probablemente llevará un período histórico completo de varios siglos, y ocupado, mientras tanto, con formas y regímenes transicionales entre el capitalismo y el socialismo, desviados necesariamente de las formas “puras” y de las normas. Sabemos que esta exposición de ideas ha golpeado a ciertos camaradas y le ha servido a otros como un trampolín para atacar nuestro “revisionismo”. Pero no estamos desarmados. Ha pasado ya un siglo del *Manifiesto Comunista* y más de medio siglo desde el imperialismo, “fase suprema del capitalismo”. El curso de la historia se ha mostrado más complicado, tortuoso y extenso que las predicciones de los hombres que tienen la legítima aspiración de acortar los intervalos que separan a los hechos de sus ideales. Los mejores marxistas no han podido evitar equivocarse, no por cierto sobre la línea general del desarrollo sino sobre sus períodos de tiempo y sus formas concretas. Hoy en todos los países el objetivo estratégico posible es la revolución, la toma del poder, el derrocamiento del capitalismo. Pero la toma del poder en un país no resuelve el conjunto de la cuestión. Las condiciones para un libre desarrollo socialista son aún más complicadas y difíciles. El ejemplo de la Unión Soviética, de las “democracias populares”, Yugoslavia y China así lo prueban. Sin embargo, no sería menos falso minimizar la importancia histórica del progreso logrado en el camino hacia el derrocamiento del capitalismo y la victoria de la revolución en el mundo.

Aquellos que desean responder a la ansiedad y perplejidad de cierta gente, en lo que respecta a las así llamadas victorias del estalinismo, minimizando el significado objetivamente revolucionario de estos hechos, están obligados a caer en un sectarismo antiestalinista a cualquier precio que apenas oculta, bajo una apariencias agresiva, la falta de confianza en el proceso revolucionario básico de nuestra época, el cual constituye la garantía positiva para la destrucción última del estalinismo, y que se concretará más rápidamente cuanto más progrese el derrocamiento del capitalismo y del imperialismo y gane a una parte todavía más importante del mundo.

La orientación y el futuro de nuestro movimiento

Nuestra orientación fundamental actual se desprende esencialmente del análisis del período en el que combatimos, del carácter revolucionario fundamental de este período. No nos atamos exclusivamente a ningún episodio dentro de este período, por importante que sea. No decimos es ahora o nunca. No consideramos que ninguna derrota cancele

nuestras perspectivas revolucionarias. Un movimiento revolucionario deja los lamentos para los espectadores de la lucha, y no para los que participan en ella. Se apoya sólidamente en las perspectivas revolucionarias, que son objetivas y reales, y procura reforzarlas en lo mejor de sus capacidades a través de su propio peso subjetivo. Ciertamente, el proceso revolucionario objetivo no es automático y no podemos afirmar categóricamente que la victoria está en la mano, incluso en el momento presente, cuando la relación de fuerzas evoluciona en perjuicio del imperialismo. Ciertamente, existe el peligro de que una guerra general pueda engendrar una mayor destrucción, que torne más dificultosa, más complicada y más prolongada la reconstrucción socialista de la humanidad. Bajo ciertas condiciones, la posibilidad teórica de un descenso a la barbarie no está excluida.

Ciertamente, la política de la burocracia soviética coloca constantemente en peligro todas las conquistas alcanzadas, y puede facilitar un nuevo giro en la relación de fuerzas, favorable al capitalismo. Pero lo que distingue a un movimiento revolucionario verdadero de una tendencia que en última instancia es pequeño burguesa, es que los revolucionarios basan su orientación fundamental en la perspectiva de la revolución y del socialismo. Contra la alternativa contrarrevolucionaria de este período, los revolucionarios basan su acción en las posibilidades revolucionarias prácticas y actuales, y no teóricas, aprecian estas posibilidades en todo su valor; observan el proceso revolucionario en toda su ascendente totalidad objetiva, y no se pierden en éste o aquel episodio secundario de este proceso.

Cierta gente se ha quedado atónita, o incluso indignada, por nuestro abrupto cambio cuando el curso de la política exterior de Yugoslavia comenzó a deslizarse hacia la órbita de las “fuerzas democráticas” del imperialismo. En realidad, nuestro viraje se desarrolló con un cierto retraso, siguiendo el drástico viraje en la propia política yugoslava bajo la presión internacional desatada por la guerra de Corea. El cambio fue primariamente objetivo, en la situación exterior a nosotros. Ello significó una derrota, esperemos que transitoria, para la revolución yugoslava. Desde ese momento, con este hecho como punto de partida, no se trataba para nosotros de lagrimear o vacilar o permanecer indecisos. En el período revolucionario que nos toca luchar habrá muchas alzas y bajas, victorias y derrotas; y nosotros basamos nuestra orientación fundamental solamente en la línea esencial de este período, caracterizado por el crecimiento de las perspectivas objetivas de la revolución, que se desenvuelve sobre las ruinas y la crisis del capitalismo y del imperialismo. La política de los líderes yugoslavos ha aislado, y aún lo hace, a la revolución yugoslava del apoyo de las masas proletarias y coloniales, por confiar su defensa al imperialismo “democrático” que ha venido a descubrir ahora, con tanta desenvoltura Milovan Djilas. Entre esta política y el apoyo incondicional a las luchas del proletariado y las masas coloniales, nosotros hemos escogido naturalmente el segundo polo de la alternativa, que corresponde a la lucha general por la revolución mundial a la que está subordinada como parte la revolución yugoslava. Esta concepción de nuestra orientación, de nuestra conducta, adquiere excepcional importancia precisamente en el presente estadio, caracterizado por la mayor tensión jamás conocida en la lucha de clases internacional y por la mayor presión jamás ejercitada sobre los movimientos e individuos. Esta presión es incuestionablemente mayor ahora que en vísperas o durante la Segunda Guerra Mundial, y tenderá a fortalecerse.

Sin una línea clara y principista, sin una orientación firme y revolucionaria, corremos el riesgo de caer en la confusión y en desviaciones pequeño burguesas de todo tipo, del estilo de las que marcaron a nuestro movimiento en el pasado. Los elementos dirigentes de nuestro movimiento deberían estar alerta sobre este peligro. Yo diría de la inevitabilidad en cierta medida de este peligro. Por eso insistimos tanto en las “Tesis

sobre las perspectivas internacionales y la orientación del Movimiento de la Cuarta Internacional”, en la necesidad de reafirmar y definir más precisamente nuestra posición programática ante la URSS, la burocracia soviética, los partidos comunistas y las revoluciones coloniales en curso. La experiencia de lo sucedido en torno a nosotros con las diferentes tendencias antiestalinistas en el movimiento obrero, así como la todavía más importante experiencia que está viviendo del PC yugoslavo, demuestra claramente que sin una orientación marxista en estas cuestiones, uno puede deslizarse imperceptiblemente, de un modo objetivo, al campo del enemigo de clase, en este período de extrema polarización de las fuerzas de clases.

Naturalmente, nuestro movimiento no es “neutral” entre los llamados dos bloques, el del imperialismo y el liderado por la URSS. Primero de todo, porque el neutralismo siempre trabaja objetivamente a favor de una de las fuerzas antagónicas. En segundo término, en la relación y, sobre todo, en los conflictos del “bloque” liderado por la URSS con el imperialismo, damos apoyo crítico al primero, mientras luchamos sin reservas contra el segundo. Nuestro apoyo a las revoluciones coloniales en marcha, a pesar de su dirección estalinista o estalinizada, es incluso incondicional. Nuestro movimiento es independiente de la política de Moscú, de la política de la burocracia soviética, en el sentido que no está atado en absoluto a esa política. Nuestro movimiento no identifica a esa política con los intereses del proletariado internacional y las masas coloniales. Por el contrario, combatimos tal política en todos sus aspectos hostiles y perniciosos para la revolución mundial. Sin reflexionar sobre estas cuestiones, sin clarificarlas y definir las ulteriormente en nuestras mentes, sería imposible para nosotros, en los días que vienen, ligarnos con el movimiento revolucionario de las masas, así como con la vanguardia proletaria, que en Asia y en Europa sigue a la dirección estalinista. Sería también imposible para nosotros, en los países donde esa fuerte influencia de la dirección estalinista sobre las masas no existe, pero donde por el contrario, se ejerce una poderosa presión reaccionaria desde la burguesía y sus agencias reformistas (como en Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Australia, Bélgica, etc.), resistir a esa presión y adherir a una firme línea de clase. Más allá de todo esto, sería imposible para nosotros, ante la instancia de una guerra general, orientarnos correcta y efectivamente para asegurar el triunfo de las fuerzas de la revolución sobre el capitalismo, y, en el curso de esta lucha sobre la propia burocracia soviética.

En todos aquellos casos donde nuestra organización sostuvo un antiestalinismo sectario y mecánico, que identificaba a la dirección con el movimiento de las masas o que no captaba el carácter contradictorio del estalinismo, nuestro movimiento fue llevado a un virtual desastre y a la completa desorientación política y teórica. Este fue el caso de algunos de nuestros movimientos durante la guerra y desde su finalización en Europa. Este fue particularmente el caso de ciertas tendencias de nuestro movimiento en China y parcialmente en Indochina.

¿Es que deberíamos repetir tales errores? ¿Podemos vivir hombro a hombro con una revolución en desarrollo que, con las armas en la mano, combate al imperialismo y simultáneamente aplica contundentes y a veces mortales golpes sobre las clases propietarias nativas, como es el caso de las presentes revoluciones asiáticas, y contentarnos con nuestra anterior actitud hacia los partidos comunistas que dirigen esas revoluciones, como cuando esos partidos colaboraban con el imperialismo y con su enemigo de clase, aplicando la rígida política del Kremlin? ¿Podemos ver la preparación de una guerra general y rechazar el acercarnos a las filas de los partidos comunistas que en muchos e importantes países de Europa y de Asia son aún el polo de agrupamiento del proletariado y las masas coloniales, los más dispuestos para una lucha contra la guerra imperialista y los más valiosos para la lucha por la revolución? ¿Cómo seríamos

capaces de otro modo de llevar nuestra lucha contra los preparativos de guerra del imperialismo, lo que implica la lucha por desarmar y vencer a la burguesía a través de las masas revolucionarias? ¿Cómo podríamos esperar ligarnos con las fuerzas revolucionarias que emergerán de esta lucha y que, inevitablemente, se lanzarán al asalto del capitalismo e imperialismo, y orientarlas asimismo, en el curso de esta dura lucha, también contra la burocracia soviética?

Por inesperado que parezca a simple vista, las nuevas condiciones en las que se encuentran los partidos comunistas de los países de Asia que marchan a la revolución nos dictan, como una actitud general hacia ellos, de un modo general, la de una Oposición de Izquierda que les presta apoyo crítico. Esto se aplica, por ejemplo, para China. Luego de la victoria de Mao Zedong, nuestro movimiento en China, en vez de ignorar o minimizar la victoria y continuar atacando al PC chino sobre la base absolutamente correcta de la política traidora de ese partido (cuando se sometió a la dirección política de la burguesía y colaboró con Chiang Kai-shek) debería haberse dirigido, en mi opinión, a las masas chinas en los siguientes términos: el partido comunista chino ha llegado al poder, impulsado por el movimiento revolucionario de las masas, beneficiado por la avanzada desintegración interna de las clases propietarias nativas y por la debilidad del imperialismo, y obligado, en el curso de los acontecimientos y bajo presión de las masas, a cambiar parcialmente su línea de sometimiento a la burguesía en la dirección, en la consumación de la revolución en China. Esto constituye una importante victoria y abre posibilidades para un avance de la revolución y para su triunfo final, a través del establecimiento de un verdadero poder democrático de los trabajadores chinos y los campesinos pobres, pues asegurar el carácter proletario del poder es el problema clave de la revolución. Nosotros, trotskistas, que siempre hemos defendido la teoría que la revolución china sólo podía triunfar bajo la dirección política del proletariado y de su vanguardia revolucionaria, defenderemos las conquistas alcanzadas así como cada paso que se dé en dirección de la creación de un poder democrático del proletariado y los campesinos pobres. Apoyamos críticamente al PC chino y al gobierno de Mao Zedong, y reclamamos nuestra existencia legal como una tendencia comunista del movimiento obrero. Tal declaración y actitud, por cierto, habría tenido posibilidades de ser entendida por un cierto número de elementos conscientes en la vanguardia revolucionaria de China, por todo trabajador con conciencia de clase, y habría colocado a la dirección del PC chino ante el siguiente dilema: o aceptar nuestra existencia legal o imponernos la ilegalidad, lo que demostraría su carácter burocrático y estalinista.

En Europa, donde los partidos comunistas manipulan a las masas proletarias para asegurar el éxito de la política exterior de la burocracia soviética y sus objetivos especiales en cada país, y no luchan en absoluto por la revolución y la toma del poder, tal política hacia esos partidos está, desde luego, excluida. En cambio, acercarnos a su base, ligarnos a ella en toda acción posible de frente único contra los preparativos de guerra del imperialismo, y enfatizar las posibilidades revolucionarias del período, que la dirección estalinista deliberadamente oculta, es un deber esencial de todas nuestras organizaciones que actúan en países donde la mayoría de la clase obrera sigue a los partidos comunistas. Más cerca de la base de esos partidos, tal es nuestra consigna en todos aquellos países, la que resulta del análisis de la situación y de sus perspectivas.

En aquellos países donde el estalinismo es prácticamente inexistente, o ejerce una débil influencia sobre las masas, nuestro movimiento debe esforzarse en convertirse en el dirigente principal del proletariado en los próximos años: en los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Canadá y toda Latinoamérica, en Australia, en Indonesia, tal vez en India. El principal futuro inmediato de nuestro movimiento reside mucho más en

estos países que en los países donde aún reina la influencia del estalinismo. Algunos de estos países juegan un papel clave en la situación internacional y, por sus condiciones de desarrollo económico, resultan países favorecidos para la edificación socialista: los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania. El futuro del estalinismo está bloqueado en esos países. El desarrollo de nuestro movimiento en los Estados Unidos, en particular, podría influenciar todo el rumbo del movimiento obrero internacional y podría acelerar la crisis y descomposición del estalinismo.

Otras variantes son naturalmente posibles, como las que aparecieron en un momento determinado de la revolución yugoslava, antes del último viraje de su dirección. Es difícil predecir la forma precisa por donde pasará el reforzamiento de la tendencia consciente y revolucionaria, y las formas que adoptará la inevitable descomposición y eliminación del estalinismo. Es también difícil describir todos los movimientos tácticos que nuestro movimiento debería emplear para mejorar sus vínculos con las masas y para progresar. Desde el final de la guerra, y especialmente desde el II Congreso Mundial de nuestra Internacional, los progresos de nuestro movimiento han sido innegables. Se expresan en la decisiva ruptura efectuada por la mayoría de nuestras organizaciones con la ilusión de un activismo revolucionario fuera del movimiento de masas real y de sus peculiaridades en cada país; en la búsqueda consciente y real, por parte de los cuadros y militantes, de rutas de acceso al movimiento de las masas en cada país, o a las corrientes esenciales de ese movimiento; en el trabajo paciente, metódico, y de largo plazo, emprendido para poner de manifiesto una diferenciación revolucionaria en el seno de esos movimientos, de acuerdo con sus posibilidades de maduración, sus propias experiencias y las condiciones objetivas; en la avanzada proletarización de nuestras organizaciones y dirigentes, el mejor seguro para aplicar y proseguir con esta política hacia la clase obrera, y con esa clase. Estos progresos han sido posibles gracias a la solidez de nuestra orientación teórica, a la indestructible solidez del trotskismo y gracias al carácter revolucionario del período. Es el reforzamiento de este último, en los días que vendrán, es el crecimiento de las perspectivas revolucionarias que dominan más y más la escena histórica, lo que nutre nuestro optimismo revolucionario y nuestra absoluta confianza en el destino del trotskismo, expresión consciente del movimiento comunista de nuestra época.



Para contactar con nosotros:
germinal_1917@yahoo.es

Visita nuestra página web:
www.grupgerminal.org